



## Contemplar la dulzura de Dios

*Libro*

Uno de los himnos más bellos de la Liturgia de las Horas empieza con este versículo: "¿Quién será Dios para amarnos así...?". Al sondear el misterio inefable del amor y de la ternura de Dios hacia los seres humanos y el universo entero, la obra de *Claire Dumont (Editorial San Pablo)*, llena de sabiduría bíblica, nos ofrece la experiencia de una creyente que siempre busca dar la mejor respuesta a la eterna pregunta sobre quién es Dios. La autora propone en su libro la apertura hacia este gran misterio, mientras da testimonio de sus profundas convicciones.

Este deseo irracional de aventurarme en el esplendor misericordioso de la dulzura de la Sabiduría me nace, principalmente, de la obra de *Luis M<sup>a</sup> Grignion de Montfort: El amor de la sabiduría eterna*. En efecto, en este escrito en el que Montfort describe el amor de la Sabiduría divina por el ser humano y expone la espiritualidad inspirada por la Sabiduría, encontramos, por lo menos noventa y seis veces, la palabra dulzura. Dos capítulos enteros están dedicados a la descripción de la dulzura inefable de Jesús, Sabiduría encarnada. Encontramos también en este escrito, un gran número de sinónimos de la palabra dulzura: suavidad, gracia, humildad, prudencia, ternura, benignidad, pacífico, afable, inefable, sensible, encantador, etc. Es

decir que no podemos ignorar esta cualidad que, por repetición, impregna todo el texto, para convertirse en una llamada a la contemplación y a su práctica. Desde hace tiempo, me parece que las personas que siguen el camino de la transformación que les ofrece la espiritualidad Sabiduría viven la realidad de dejarse marcar por la dulzura. Creo que este es el signo por el cual se reconocerán y serán reconocidas.

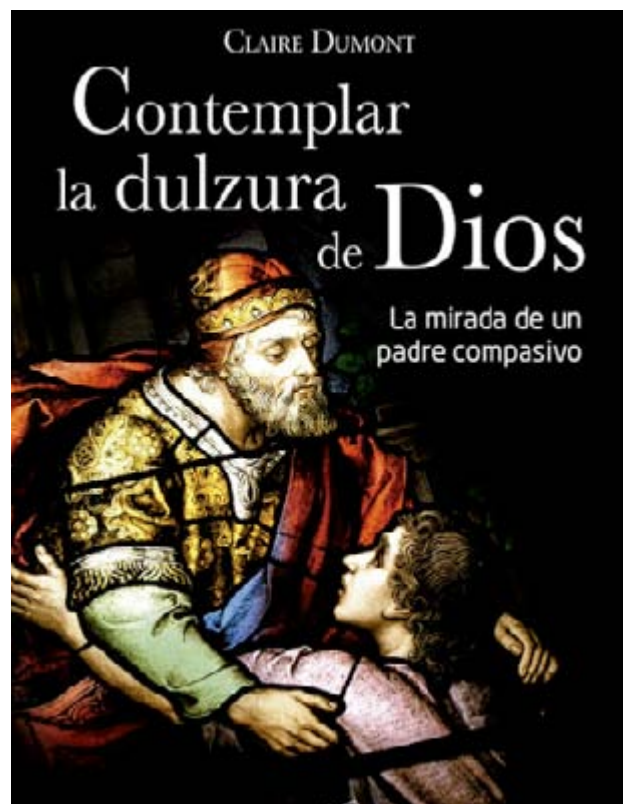
En lo que al corazón humano se refiere, el siglo XVII, en el que vivió Montfort, no era tan diferente del siglo XXI. Pobreza, odio, dominio, artimañas, guerras, brutalidades, atrocidades o desprecios es lo que aún encontramos en nuestro caminar de cada día. Tanto ayer como hoy, hablar de dulzura parece desacertado e irrisorio en este mundo donde la violencia parece imponerse, y donde la dulzura es muchas veces asociada a la debilidad, la fragilidad, la cobardía, la ingenuidad y la desidia.

La ley del más fuerte parece estar bien establecida. Y, más o menos conscientemente, hemos fomentado la primacía del *tener* sobre el *ser*, lo que inclina a los habitantes de la tierra hacia la lógica del tener, del poder, del parecer y del rendimiento. Esta lógica conduce a la violencia, al menosprecio de los derechos humanos y la tentación de acaparar. ¿Cómo se puede hablar de dulzura cuando vemos por Internet y televisión los horrores de la guerra, las atrocidades de los genocidios, el odio desplegado entre pueblos y grupos religiosos, la codicia y la avaricia de ciertos gobernantes e individuos?

A pesar de todo lo anterior, hablaré de dulzura, porque esta es la fuerza más grandiosa que conozco. El seductor anhelo de Jesús me parece posible aún en nuestros días: "Felices los afables, porque ellos heredarán la tierra" (Mt 5,4). Esa es la razón de que la dulzura no sea blandura. Y, ¿si fuese una mera de amar y de vivir? Por eso hay que creer en su poder. No hay amor sin dulzura. Es indispensable para cualquier relación humana, incita a la calma, a la moderación y a la ponderación. Supone la capacidad de recomenzar, de demostrar tolerancia, compasión, firmeza y escucha. Es la cualidad del que sabe gobernar y organizar con sabiduría, realizar cambios y solucionar conflictos sin brutalidad, manejar su propio quehacer cotidiano y establecer vínculos relacionales de respeto, igualdad, libertad y fraternidad.

Nadie impedirá a la dulzura avanzar, incluso en el sufrimiento, ni pronunciar las palabras que, por sí solas, quedarán grabadas sobre la roca. ¿Qué otra

cosa se puede decir de estas palabras indelebles de **Martin Luter King**?: "Dios está con los brazos abiertos. Uno es lo suficientemente fuerte como para rodearnos de justicia; el otro es lo suficientemente bondadoso como para rodearnos de gracia". También estas otras de **Etty Hillesum**, escritas en el campo de concentración de Westerbork: "Donde yo me encuentro, trataré de irradiar un poco de amor, ese amor verdadero al prójimo y que llevo dentro". Y las de María, la madre de Jesús: "Hágase en mí según tu Palabra" (Lc 1, 38). Se dice de **Marie-Louise Trichet**, cofundadora de la Congregación de las Hijas de la Sabiduría: "Con su dulzura, se ganó la con-



fianza de los pobres y de los enfermos en todos los hospitales donde trabajaba". Para mí no cabe duda, la dulzura es un camino hacia la justicia, hacia la santidad y hacia la Sabiduría.

Para contemplar la dulzura de Dios más claramente, este libro, ante todo, plantea la eterna pregunta: ¿Quién es Dios? El primer capítulo presenta algunas claves para hallar la respuesta, recordando diversas facetas de este misterio fascinante e inmensamente vasto. La meta perseguida es la de permitir a la lectora o al lector escudriñar en sus propios conocimientos, mientras desarrolla la curiosidad y el deseo de contemplar otra faceta del misterio de Dios: la dulzura. En los capítulos siguientes, tomaré de san Luis María de Montfort la ruta que ofrece en su obra *Amor de la Sabiduría eterna* (n 14): "Contemplaremos la dulzura de la Sabiduría eterna en la eternidad. La veremos en el tiempo, dulce y radiante en la creación. Después, la descubriremos vestida de dulzura y humildad, en su encarnación y en su humanidad. La encontraremos gloriosa y triunfante en su resurrección, en la que manifiesta su dulzura. Y veremos cómo llegar a ser dulzura en el proyecto de nuestra vida, en la Iglesia y en el mundo real del tercer milenio".

Esta ruta nos permitirá entrar en el misterio de un Dios loco de amor por cada ser humano, en el cual confía y al que quiere darle su vida en abundancia. Alimentará, así lo espero, nuestra búsqueda de un conocimiento siempre más profundo, gracias a la reflexión, la oración y la contemplación. Pero todo esto sólo sería una idea extravagante, una teoría o una hipótesis interesante, si la lectora o el lector no viesen concretizada esta idea en el actuar de Jesús, el hombre de Nazaret. Quien lo ha visto, ha visto al Pare. En él, Dios se revela como Padre amante, y nos invita a ser, a amar y a actuar como él. El momento de reflexión que se propone al final de algunos capítulos ofrece, a quien lo deseen, un momento de silencio, para tomar conciencia de lo que ya uno tiene en sí mismo y poder reavivar en su corazón el deseo de profundizar más en el misterio y el compromiso.

Lentamente, amorosamente, abriremos el libro de la palabra de Dios, para seleccionar los pasajes que se refieran particularmente al tema que nos interesa. Con la certeza de que la Palabra leída o escuchada nos pone siempre en presencia de Jesús, Palabra viva, nos tomaremos el tiempo que sea necesario para saborear esta Palabra siempre nueva, para acogerla en el fondo

de nuestro ser, para dejarla nacer misteriosamente en nosotros. Profundizaremos también en El amor de la Sabiduría eterna, sin por ello dejar de lado los escritos de los Padres de la Iglesia, los teólogos, los exegetas, los místicos y algunos autores contemporáneos.

